



Prot. PS 228/2025

MENSAJE DEL SUPERIOR GENERAL

Queridos hermanos,

En este 176 aniversario de nuestra Fundación, nos encontramos celebrando en el contexto lleno de gracia del Año Jubilar de la Iglesia. Es un momento providencial para contemplar nuestra vocación claretiana como una llamada a la peregrinación, una identidad misionera que comenzó en un humilde aula del seminario de Vic y continúa hoy a través de nuestras vidas y comunidades en todo el mundo.

Una llama de esperanza en tiempos convulsos

El 16 de julio de 1849, en medio de la inestabilidad política, el anticlericalismo y la profunda incertidumbre eclesial, nuestro Fundador, San Antonio María Claret, reunió a cinco jóvenes sacerdotes para iniciar una nueva aventura misionera. En aquella pequeña habitación se encendió una llama de fe, amor y esperanza misionera, no una esperanza de éxito fácil, sino forjada en el crisol de la adversidad.

Esa chispa perduró a lo largo de tiempos difíciles: expulsiones, supresión, persecución y fragilidades en tierras lejanas. Sin embargo, la llama nunca se apagó. Se mantuvo viva gracias a la profunda convicción de que la Palabra de Dios debía ser anunciada y que ninguna frontera —geográfica, política o cultural— podía desalentar un corazón encendido por el Evangelio.

Nuestros mayores nos cuentan cómo las primeras misiones populares reavivaron la esperanza en el corazón de la gente, haciéndose eco de la ardiente pasión de Claret en las Islas Canarias. Estas misiones no eran meras repeticiones del pasado, sino expresiones renovadas del mismo fuego. Aún hoy, cuando la alegría y la esperanza ya no irradian de nuestra presencia misionera, es señal de que debemos entrar en el aula carismática, donde el fuego del Espíritu nos reanima, se restablece el pulso de nuestro carisma, se reaviva la esperanza y la llama de nuestra misión arde de nuevo.

Alegría y esperanza: signos de una misión peregrina

En cada claretiano, la esperanza y la alegría caminan juntas. La esperanza sostiene el camino; la alegría revela su belleza. La alegría es el canto que brota de un corazón sostenido por la esperanza. Es el fruto de la confianza en Aquel que camina con nosotros. El XXVI Capítulo General nos recordó que estamos llamados a ser una Congregación peregrina, arraigada en la fe en Jesucristo y alimentada por nuestra espiritualidad misionera.

Esta identidad es una llamada a caminar, a dar testimonio y a vivir con sentido. En esta perspectiva, debemos preguntarnos: ¿Irradian nuestras vidas, como personas y como comunidades, la alegría y la esperanza que caracterizan a los peregrinos, a quienes caminan con confianza, cantan en medio de las dificultades y llevan el Evangelio como luz para los demás?

¿Qué significa ser una congregación peregrina?

En un mundo marcado por los deseos egocéntricos y la ilusión de la permanencia, el camino del peregrino nos invita a redescubrir la libertad, y el desapego. Un peregrino no es un vagabundo sin rumbo, ni un turista en busca de comodidad. Un peregrino camina con fe, llevando lo esencial, compartiendo el camino y avanzando siempre hacia lo sagrado. A medida que profundizamos en nuestra comprensión de lo que significa ser una *congregación peregrina*, les invito a reflexionar sobre los siguientes rasgos de un peregrino claretiano, un discípulo misionero en camino con Cristo:

1) Los ojos fijos en el horizonte de la promesa de Dios

El peregrino claretiano camina con los ojos fijos en el santuario que le llama: el Reino de Dios. Esta esperanza escatológica nos impulsa y sostiene nuestro camino, incluso cuando el camino es oscuro o cuesta arriba. No nos atrae la nostalgia, sino el futuro que Dios ya está configurando en la historia.

2) Aceptar las dificultades del camino

La peregrinación no es un paseo cómodo. El misionero acepta las pruebas —la lluvia y el sol, los valles y las subidas— como parte del camino. Las dificultades no son un signo de fracaso, sino de fidelidad a Aquel que nos precedió con la cruz a cuestas.

3) Vivir con desprendimiento radical

Los peregrinos no construyen moradas permanentes. El claretiano sabe que todo es don y paso. La seguridad no está en las posesiones ni en las posiciones, sino en Aquel que camina con nosotros. Estamos arraigados en Cristo, no en las comodidades ni en el control.

4) Hermandad en el camino

Los peregrinos no viajan solos. El camino nos enseña la solidaridad, el cuidado mutuo, el compartir las cargas y la gracia de caminar al ritmo del otro. La comunidad es tanto un lugar de gracia como una escuela de conversión.

5) Caminar al ritmo del Espíritu

El Espíritu Santo es la fuerza silenciosa en nuestros pasos, el Consolador que reaviva el deseo cuando llega el cansancio, el Viento que susurra la dirección, el Fuego que nos mantiene ardiendo en el amor.

6) **Llevar solo lo esencial**

Para llegar lejos, hay que viajar ligero. El corazón del peregrino se despoja de rencores, apegos e ilusiones de autosuficiencia. Llevamos solo lo que alimenta el amor, la esperanza y la disponibilidad.

7) **La peregrinación como transformación**

No se trata solo de un desplazamiento en el espacio, sino de un camino de conversión interior. Toda peregrinación claretiana es a la vez *missio ad gentes* y *missio ad intra*, una llamada a salir y una invitación a cambiar.

8) **Presencia en el aquí y ahora**

Un verdadero peregrino está atento al lugar donde pisa. No solo se nos envía a destinos, sino a habitar el momento presente de manera espiritual, ética y profética, respondiendo a los gritos del pueblo y a los gemidos de la creación.

9) **Un cuerpo misionero en movimiento**

Nuestra Congregación no está anclada en el nacionalismo, la ideología o la autopreservación. Somos enviados, como Abraham, a lo desconocido, radicalmente disponibles para la misión de Dios, movidos por las necesidades de los pobres y guiados por la Palabra que arde en nuestros corazones.

Caminando juntos con la pasión del Evangelio

Caminemos como peregrinos, sin añorar las certezas del pasado ni paralizados por el futuro desconocido, sino abiertos a las sorpresas del Espíritu. El camino puede ser largo, pero es santo. Y cuando lo recorremos juntos, el fuego de nuestro carisma se reaviva y el mundo no ve solo predicadores o activistas, sino hombres de Dios, testigos de la esperanza y la alegría.

En este día de la Fundación, que el espíritu vuelva a animarnos. Que nuestra vida misionera, dondequiera que seamos enviados, sea un signo de comunión, de valentía y de alegría evangélica.

Feliz día de la Fundación, queridos hermanos. Caminemos arraigados en Cristo, alegres en la esperanza y audaces en la misión.

Con afecto fraterno,



P. Mathew Vattamattam, CMF
Superior General



Sri Lanka, 16 de julio de 2025